La Política Social Nacionalista Moderna

A LA JUVENTUD CHILENA
QUE ESTUDIA Y PIENSA

Por

GUILLERMO SUBERCASEAUX P.

EDITORIAL "LA CRUZ SVÁSTICA"
FONTECILLA 265 - TELÉF. 84287
SANTIAGO DE CHILE

—

1932

320.50983
S941p

LA POLITICA SOCIAL NACIONALISTA MODERNA

A LA JUVENTUD CHILENA
QUE ESTUDIA Y PIENSA.

I.

Social sin caer en el socialismo, nacionalista sin ser una reacción hacia el antiguo mercantilismo.

El movimiento político moderno que llamamos **social nacionalista** y que otros llaman **nacional socialista,** es una reacción contraria al **liberalismo individualista y librecambista,** sistema que, si bien no dominaba en la política anterior a la guerra europea, tenía, sin embargo, grande influencia en ella. Es, en efecto, una reacción en contra de la doctrina que limita la intervención del Estado en la vida económica. Sustenta, por la inversa, el principio de la intervención de los poderes públicos con el fin de mejorar las condiciones de vida de las clases pobres; pero res-

peta las normas de la libertad individual y de la propiedad privada y en esto se diferencia esencialmente del **socialismo** propiamente tal. Esto constituye el aspecto **social** o **socialista** de la política moderna. Sustenta, además, esta política el principio de la intervención del Estado en lo referente a la producción de las riquezas, con el fin de fomentar y regular la producción agrícola e industrial y el movimiento comercial. Esto es lo que constituye su aspecto **nacional o nacionalista.**

Nos acerca, pues, esta política, por un lado al **socialismo** sin caer en él; y, por el otro, al antiguo **mercantilismo** de las viejas monarquías europeas, que conocimos bien de cerca en nuestra época colonial. Por este segundo aspecto hay quienes lo han clasificado como un **neo mercantilismo.**

Aquí, en Chile, como en el resto del mundo, vemos acentuarse esta orientación política después de la guerra europea. No es, por cierto, una novedad revolucionaria. Agitar el pendón socialista es una cosa. Hacer alta política social nacionalista es otra cosa bien diversa.

Por lo que hace al aspecto **social,** esta política encierra una justificada aspiración de las masas obreras y de las clases pobres en general a mejorar las condiciones de su vida económica. No sería progresista el gobierno que desconocie-

ra un ideal tan característico de la época moderna. En Chile no hay partido político alguno que lo resista; y la Iglesia Católica viene encuadrándose en él desde la famosa Encíclica de León XIII publicada en 1891.

Si atendemos al aspecto **nacionalista**, las intervenciones del Estado en la vida económica resultan, sin duda, convenientes si son bien concebidas y se llevan a la práctica con discreción. ¿Quién podría desconocer, por ejemplo, la conveniencia nacional de reglamentar nuestro naciente comercio de exportación de frutas para evitar que se envase el producto en forma indebida o se desprestigie nuestra producción por la mala calidad de algunos productos?

Pero es necesario reconocer que desde el punto de vista del comercio internacional y en general de las relaciones económico-universales, cuyo desenvolvimiento es uno de los más legítimos timbres de orgullo de la cultura moderna, esta política social - nacionalista ha significado una reacción hacia el aislamiento que tuvieron los pueblos en el pasado. Consideraremos, por ejemplo, el Control de Cambios Internacionales. Si atendemos al aspecto social-nacionalista, esta institución del control se justifica para dar preferencia a los pagos más necesarios, de acuerdo con este mismo criterio social-nacionalista. De otra manera, las letras de cambio internacionales

caerían sólo en manos de los que pudieran pagar el alto precio exigido por ellas. Pero si consideramos el aspecto económico-universal, lo que los alemanes llaman **Weltwirtschaft**, veremos que esta institución ha perturbado el comercio internacional; ha paralizado el movimiento de viajeros, no sólo del turismo sino también de personas de estudio y de negocios; y hasta la circulación de libros y revistas se ha visto dificultada (salvo los de propaganda socialista con que se nos tiene inundados). Se dirá que en el futuro serán los Gobiernos los que regularán el comercio internacional; pero todavía no se ve claro como puede el Estado reemplazar con ventaja a la iniciativa privada de los comerciantes y demás personas que relacionan con sus influencias las culturas de los diferentes pueblos de la tierra. En todo caso será ésta una institución bien difícil de organizar en forma eficiente en países como los nuestros.

No cabe duda que desde el punto de vista internacional, los controles de cambio y las barreras aduaneras exageradas, han agravado los efectos de la gran crisis moderna que es también un fenómeno internacional. La moneda, como patrón universal de valores, ha sido igualmente perturbada por el control de los cambios.

En las organizaciones netamente socialistas, como la Rusia, este aislamiento es casi absoluto. El pueblo ruso no sospecha siquiera lo que pasa

en el resto del mundo, fuera de lo que tendenciosamente le cuenta la prensa controlada por el gobierno.

El aislamiento económico es especialmente grave para países pequeños y relativamente pobres como el nuestro. Los Estados Unidos y la Rusia tienen al respecto condiciones excepcionalmente favorables.

El papel del verdadero estadista moderno consistirá en armonizar la política nacionalista con el desenvolvimento de las relaciones económico-internacionales, sin las cuales la cultura moderna perdería gran parte de su importancia. La tarea es, sin duda, difícil.

En resumen, sobre este punto yo diría que la política **social nacionalista** moderna es **social,** sin caer en el **socialismo** y **nacionalista,** sin que signifique una reacción hacia el antiguo mercantilismo de los tiempos de Felipe II o Luis XIV.

II.

La inteligencia y la razón, por una parte; el fanatismo y la pasión social, por la otra.

Es tan complicado el mecanismo de la vida económica, es tan sutil la repercusión que las reformas de este mecanismo pueden tener en el proceso de la producción o en el de la repartición

de las riquezas que, para proceder con acierto, se hace indispensable substraer de la atmósfera candente de las luchas sociales le consideración de estas reformas. La solución de los problemas de la política económica debe buscarse a la luz de la fría sazón y procurando escuchar las lecciones de la ciencia que es hija del raciocinio y de la experiencia. Sólo así se evitará dar palos de ciego.

En la cuestión social interviene, por desgracia, el factor de la **pasión,** engendrada por el fanatismo ciego de la lucha de clases. Es el producto de una religión de odios que obscurece la atmósfera política, disipa las luces de la razón y lleva necesariamente a la anarquía y al comunismo, con todas sus calamidades sociales y económicas. He aquí por qué debe evitarse la lucha de clases en una política digna de la alta cultura moderna. Débese también buscar la colaboración de los hombres más preparados, honorables y eficientes, sin distinción de colores políticos ni sociales. Esta política requiere alta competencia, buen criterio económico y una organización administrativa de primer orden.

Hay, además, que evitar el peligro de los arbitristas o autores de planes o proyectos disparatados de reorganización de la vida económica. Este peligro se convierte en amenaza bajo el régimen de los decretos-leyes.

El Estado, sobre todo en períodos revolucionarios, no selecciona su personal dirigente como lo hacen las empresas comerciales e industriales. No es, sin duda, imposible organizar en debida forma una empresa comercial o industrial del Estado; pero prácticamente es bien difícil conseguirlo, sobre todo en nuestras repúblicas agitadas continuamente por la pecha de los que, faltos de expectativas en la lucha de las actividades privadas, buscan ocupación en las alturas gubernativas. No hay que olvidar también que en muchas partes de América Latina tenemos, a la extrema izquierda, un bajo pueblo ignorante y refractario a los altos ideales de la civilización contemporánea, lo que complica gravemente el problema político y social.

La política de intervención del Estado en la vida económica tiene el grave inconveniente de que cuando es manejada por manos incompetentes, sobre todo en gobiernos que no tienen freno parlamentario alguno, sus efectos suelen ser funestos. En cambio un gobierno que, pecando por el extremo opuesto, se abstiene de intervenir, podrá ser culpable de negligencia, pero en ningún caso aplicará medicamentos que resulten peores que la enfermedad; y, sobre todo, dejará obrar las fuerzas constructivas de las iniciativas privadas. Es el caso de la Alopatía comparada con la Homeopatía: puede que la Homeopatía no tenga

las virtudes curativas que los homeópatas le atribuyen; pero, al menos, no envuelve los peligros de las drogas mal indicadas por ciertos alópatas incompetentes; y, en todo caso, deja actuar las fuerzas curativas de la naturaleza.

Esto no significa que yo recomiende la Homeopatía en política económica; pero, sí, que pueda en ciertas ocasiones preferirla, mayormente cuando veo al paciente entregado al arbitrio de improvisados médicos de la política y de la administración.

III.

No dejarse alucinar con los fines que persigue el socialismo.

Al juzgar esta política de intervención del Estado en la vida económica, debemos distinguir entre los ideales o fines que pueden ser perseguidos por ella y los medios prácticos con que se pretende conseguir estos fines. Me explicaré para ser comprendido en este punto que es importante.

Lo bello, moralmente hablando, del socialismo es el ideal de justica distributiva que persigue. ¿Hay, en efecto, en la vida económico-social, algo más satisfactorio, dentro de un criterio de moral cristiana, que suprimir la pobreza

por medio de una más equitativa repartición de las riquezas? ¿Hay una idea más noble y digna que la de llenar los vacíos de la miseria con los excedentes de la riqueza? Por esto es que los programas y manifiestos políticos del socialismo, cuando se concretan a las grandes líneas de sus ideales, nos parecen intachables desde el punto de vista de la justicia social. Desde «La República» de Platón hasta los manifiestos políticos de los leaderes socialistas del presente que nos prometen corregir las injusticias sociales repartiendo por parejo un regular bienestar, toda la literatura socialista encuentra eco simpático, sobre todo en épocas de crisis tan horribles como la presente.

El socialismo, colocado en el terreno negativo de la crítica a las instituciones del régimen liberal o capitalista, se presenta, sin duda, en condiciones favorables. Pero una cosa es poner de relieve los inconvenientes o defectos y otra bien diversa es remediarlos.

El lado flaco, el punto vulnerable del socialismo no está en sus ideales de justicia social, sino en la manera de realizarlos. Hay veces en que el remedio suele ser peor que la enfermedad; y esto sucede a menudo en las dolencias del liberalismo remediadas con la terapéutica del socialismo. De los ideales de felicidad económica que nos presenta el socialismo se puede decir con el

poeta, "lástima grande que no sea verdad tanta belleza". Por esto es que la literatura socialista merece el calificativo de **utópica** que le han dado eminentes pensadores de la ciencia económica.

Al criticar las medidas de intervención del Estado en la vida económica, no debemos, pues, atenernos tanto al aspecto moral de los propósitos que con ellas se persigue, miel con que se cautiva a los incautos, cuanto a los efectos o resultados prácticos que de ellas se derivan.

¿Quién podría desconocer, por ejemplo, los buenos propósitos sociales y nacionales que debe haber perseguido aquel Ministro de Hacienda que pretendió socializar de una plumada al Banco Central, declarándolo Banco del Estado, sin darse seguramente cuenta de que con semejante reforma podría el Banco perder el oro depositado en el exterior? Este es un caso típico que manifiesta claramente la diferencia que hay entre la bondad de los fines que pueden perseguirse con las medidas de carácter socialista y los resultados que en realidad producen tales medidas.

La idea de gravar al capitalista con impuestos progresivos que aparece como justa ante el criterio social, no puede llevarse más allá de cierto límite sin que se produzca también el efecto contraproducente de acabar con la capitalización. Pensar con el vulgo ignorante en materias económicas que cercenando con fuertes im-

puestos las rentas de los más ricos se puede llenar el vacío de la escasez de los más pobres, como se llena con la pala los bajos de un terreno que se empareja, es una ilusión que puede calificarse de infantil.

Hacer desaparecer al rico para dar así satisfacción a los odios de clases, es cosa sencilla. Este punto del programa socialista está ya bien avanzado en Chile. Dada la situación económica de hoy, volvemos a ser el rincón más pobre de América. Pero la cuestión social para un pueblo culto no consiste tanto en acabar con la riqueza, cuanto en acabar con la pobreza. Si en Chile el empobrecimiento de los ricos es notorio, no hay, en cambio, síntoma alguno de enriquecimiento de los pobres. Por el contrario, parece que la miseria de los de abajo corriera a parejas con el empobrecimiento de los de arriba. Nunca hemos sido tan socialistas y nunca fuimos tampoco tan pobres. Siguiendo por este camino, fácil será realizar el programa socialista con la igualdad en la miseria, como existía en el que fué Imperio del Cuzco. ¿Será éste el ideal del indianismo ibero-americano?

IV.

La política social moderna no debe ser confundida con el socialismo.

Es necesario insistir una vez más en que los pueblos que marchan a la cabeza de la cultura moderna no hacen política **socialista,** si por socialismo se comprende lo que por tal concepto entiende la ciencia económica o sea el sistema que exige la igualdad en la repartición de las riquezas por medio de la supresión de la propiedad privada.

Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y demás pueblos europeos representantes de la alta cultura occidental; así como Estados Unidos y el Japón en Asia, han repudiado el socialismo, régimen que ahoga la iniciativa privada, destruye la libertad individual e impide, de esta manera, el progreso económico que exige la cultura moderna. El progreso moderno, nunca conocido en la antigüedad, es hijo en gran parte de la iniciativa individual movida por el interés privado de ganancia; y si bien el Estado podrá desempeñar un gran papel fomentando y regulando estas iniciativas, jamás podrá suprimirlas con ventaja, como pretende el socialismo.

Es necesario, además, que nuestra juventud universitaria y demás chilenos que se interesan

por el porvenir del país, sepan que los maestros más distinguidos de la ciencia económica contemporánea son, en su mayor parte adversos a este socialismo. Y más aún: los propios profesores alemanes fundadores de la escuela que se ha llamado «Socialismo de la Cátedra» o «Socialismo de Estado», protestaron siempre de tal designación. Economistas de la escuela ultra-individualista, que consideraban como socialismo toda intervención del Estado en la vida económica, como las leyes sociales y aún la política proteccionista, los bautizaron con el calificativo de socialistas. También habrían podido llamar socialistas al pontífice católico León XIII.

El propio partido alemán encabezado por Hitler, que se titula «socialismo nacionalista», contiene en su programa cláusulas que repudian abiertamente las bases fundamentales del socialismo. Reconoce la propiedad privada y la coloca bajo la protección del Estado (Art. 8 del programa). Estima indispensable mantener la armonía entre la grande, la mediana y la pequeña propiedad, tanto en la agricultura como en la industria, sin exclusión de ninguna de ellas. Repudia como doctrina demoledora el socialismo de Marx y las luchas de clases, etc. En realidad, sólo pueblos de baja cultura pueden aspirar hoy al socialismo propiamente tal.

Si nos referimos ahora a la grave situación de crisis económica y financiera por que atraviesa nuestro país, cabe observar que una política socialista de impuestos exagerados al capital, de atropello al derecho de propiedad, de reglamentación arbitraria del comercio, la agricultura y la industria y, para completar el programa, de desorden financiero y exagerada inflación monetaria, lejos de constituír un remedio indicado para salir de la postración económica en que nos encontramos, está llamada a quebrantar el indispensable grado de confianza que exige la vida económica, y a ahuyentar el capital extranjero cuyo concurso puede sernos muy valioso no sólo para la minería y el salitre, sino también para la naciente industria de la fruticultura y también para la industria manufacturera.

CONCLUSIONES

1.° — La política social-nacionalista es **social** sin caer en el **socialismo** y **nacionalista** sin que signifique una reacción hacia el antiguo **mercantilismo.**

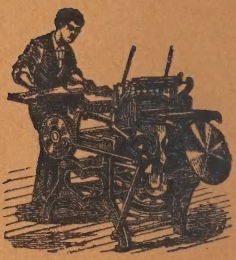
2.° — Evitar la lucha de clases que engendra pasiones sociales, obscurece la atmósfera de política y disipa las luces de la razón.

3.° — Solicitar para las funciones ejecutivas y legislativas el concurso de los elementos más eficientes por su honorabilidad, conocimientos y aptitudes de trabajo, sin distinción de colores políticos ni de clases sociales.

4.° — Al juzgar las medidas de intervención del Estado en la vida económica, no alucinarse con la belleza del ideal social o nacional perseguido, sino que examinar fría y cuidadosamente los resultados prácticos que tal intervención puede producir.

5.° — Repudiar franca y abiertamente el socialismo propiamente tal, sea que revista las formas del **marxismo** o del **comunismo.**

6.° — No olvidar que la iniciativa privada, base indispensable del progreso económico y condición esencial para bienestar social, requiere cierto grado **de libertad individual** y el reconocimiento pleno del **derecho de propiedad privada.**

Guillermo Subercaseaux.

Septiembre de 1932.